

labozos, porque, siendo el más fuerte y el más justo, la victoria le pertenecía por su valor y por su derecho. En lugar de hacer esto, queriendo arremolinarlo contra el extranjero, y sostenerlo en tan titánica empresa, pintábanle con siniestros colores su estado, y le conjuraban á contrastar los enemigos extraños con la inmolación gigantesca, en tropel, sin forma ninguna jurídica, de cuantos, caídos dentro de sus calabozos y tomados por rehenes, propendían á prosperar con sus esfuerzos y sus complicidades la invasión y la conquista.

Lamartine refiere un hecho, cuya fuente histórica ignoramos, y que no podemos sino recordar aquí, por creerlo característico de aquella crisis y lógico y natural en aquellos hombres y en aquellos tiempos. Cuenta Lamartine que vivían ya, por aquel período, en íntimo y mutuo consorcio dos repúblicos muy célebres, el uno conocido de los lectores; el otro á los lectores presentado por mí en este momento, que aparecerán unidos en el mutuo cariñoso afecto desde los días historiados ahora, sin desmayo, y menos interrupciones, hasta su muerte: Robespierre y Saint Just. Este último, al revés del primero, su amplificador maestro y oráculo, poseía la elocuencia del mando militar y pronunciaba discursos, hechos para órdenes del día en un ejército, que resucitaban las arengas del César y apercibían las arengas de Bonaparte. Consagrado al culto de su Revolución, como un verdadero monje al culto de su fe, parecía bueno cuanto á salvarla conducía y malo cuanto pudiese conducir á perderla. El sufrimiento individual no le conmovía si resultaba en sus postreros términos y en sus últimas consecuencias favorable á la redención colectiva. Táctico, estratega; con los órganos del cálculo muy crecidos y muy menguados los nervios de la sensibilidad, parecíanle peones en una tabla de juego los hombres en la política de entonces, y al combate y al sacrificio los mandaba como un general sus soldados. Moral, estoico; su persona era para él mismo una grande abstracción; y de todo se abstraía, como el justo antiguo romano, menos de la patria; divinidad, en cuyas aras creía indispensables los cruentos y antropofágicos holocaustos, ó sacrificios humanos antiguos. Era la noche del primero de Septiembre y madrugada del dos, cuando la condensación de tanto crimen próximo pesaba sobre los corazones y los cerebros como pesan las tormentas al condensarse. Acababan de pasar los dos un día enteramente consumidos en deliberaciones jacobinas y abandonaban el club á la hora de media noche, hora, en que las retinas violentadas por el insomnio sólo columbraban visiones siniestras, y los horizontes, como reflejando la tempestad horrible de los espíritus, sólo despedían relámpagos de cólera teñidos por verdaderas reverberaciones de sangre. Robespierre estaba tan fatigado al presentimiento y á la previsión del horror próximo que no intentó volver á su casa, donde le podían importunar interrogaciones, é interrogantes, á quienes ignoraba qué responder; y se fué con su adusto, pero fiel amigo, á la guardilla de éste, sita no lejos del sitio donde habitaba el dictador de la opinión en la calle de Santa Ana, la cual desemboca, como en un río los afluentes, en la calle de San Honorato, calle de Robespierre. Desde la puerta del club hasta la puerta del cuarto, sólo de-

partieron de los sucesos que pasaban y de los sucesos que venían en interminable coloquio. El maestro imaginaba imposible dormir aquella trágica noche y se apercibía, ya dentro del cuarto de su amigo, á pasarla en vela. El terror, que amenazaba de muerte á tantos prójimos, quitaba el sueño al párpado de tan grande maestro. Pero no las gastaba Saint-Just así. Para él aquella matanza inminente aparecía como un episodio más ó menos apreciable y más ó menos famoso en los hechos de la gran revolución. Robespierre, por lo contrario, hablaba de sus aprensiones y de sus remordimientos, como si nadie le oyera, como si hablara en monólogo. Al poco tiempo Saint Just bostezó á los asomos del sueño. Y, á poco de haber bostezado, se desnudó y se metió en su lecho, rendido de fatiga, sin que Robespierre lo notase, absorto en su pensamiento. Rindióse al cansancio y echó el primer sueño de un tirón, durmiendo á pierna suelta. Y quizás no se despertara en toda la noche, si Robespierre no se pusiera, inquieto y perturbado, á pasear por la guardilla, retorciéndose los brazos y lanzando ayes de dolor. Al volver de su profundo sueño, Saint-Just se frotó los ojos con ambas manos creyendo ver en su amigo un fantasma y le preguntó cómo no había dormido. ¿Quién puede dormir, exclamó Robespierre, mientras noche semejante pasa, en que al són del rebato, difundido en los ánimos y en los aires desde las torres altísimas, caen segados en las fosas de los castillos y en los antros de las cárceles innumerables seres humanos vivos que morirán degollados como cerdos sin ser en su muerte inhumana útiles á su patria? Robespierre, como el tirano de las leyendas antiguas veía sangre por todas partes, sangre sobre las palmas de sus manos, sangre sobre las paredes de aquel cuarto, sangre sobre la faz de Saint Just, sangre al bajar los ojos hacia el suelo, sangre al fijar los ojos en las alturas. El joven amigo procuró combatir esta horrible alucinación diciendo que sabía cómo iban á caer innumerables víctimas en aquella noche siniestra, y que lo deploraba; pero, no estando en su poder evitarlo, se consolaba con reflexionar que los muertos no pertenecían á su religión política y no se contaban en el número de los adeptos á sus ideas: glacialísima observación, tras la cual se volvió del otro lado y continuó durmiendo, sin que nuevamente le despertasen las lamentaciones de su maestro.

¡Cuántos y cuántos sucesos así, como agravaban la situación, impeliéronla también al misterioso y anónimo crimen, que aparecía de todos maldecido y por todos perpetrado! Respirábase por tal manera la idea de un degüello en los aires que, al menor hecho, se determinaban en lo profundo impulsiones inconscientes y ciegas hacia la comisión de tamaña barbaridad. El treinta y uno de Agosto, aquel singularísimo tribunal, fundado para perseguir y condenar los más ó menos supuestos reos, muy dado á voluntariedades caprichosas, soltó con absolución un tal Montmorin; y como tuviese nombre idéntico al de un ministro del Rey, muy odiado del pueblo, confundieronlo con éste las muchedumbres y estuvieron á punto de hacer una que fuese muy sonada. El primero de Setiembre, tu-



multo encrespado se armó ante la casa ó Palacio del Municipio. Un rata, como decimos en expresiva jerga contemporánea, detenido por varios agentes de seguridad, gritó: ¡Viva el Rey! ¡Vivan los prusianos! ¡Muera Francia!, con escándalo tan universal, que los circunstantes en aquella plaza quisieron trucidarlo. Manuel, sobre quien los espectáculos demagógicos empezaban entonces á operar incipiente reacción hacia los diputados gironinos, interpuso el talismán de su nombre y el esfuerzo de su brazo en salvación de aquel cuitado, y pudo conducirlo incólume hasta un salón de la Municipalidad. Pero la muchedumbre no prestó su asentimiento á este acto de humanidad, é invadiendo la casa municipal, estuvo á pique de despedazar al protector, porque impedía el despedazamiento de su protegido. No hubo más remedio que ceder; y, no cabiendo cesión alguna en lo esencial, pues, condenado á muerte de la plebe, tenía que morir, cedióse algo en la forma: el reo fué al jurado. Hipnotizadísimo este jurado por la crueldad reinante, aceleró la sentencia y su ejecución en tales términos, que Manuel, con su acto de abnegación, y con sacrificio tan peligroso, únicamente alcanzó, á riesgo de muerte, prolongar la vida del reo una sola noche. Así estaba de lejos entonces la piedad. Remitir á un pueblo exaltado por tal manera el arma de la justicia, ¿no equivalía ¡oh dolor! á convertirla en arma de la venganza? Pues nada menos que apelar al pueblo, entregándole todos los atributos del poder frente á los poderes ya constituidos, se atrevió á proponer el siniestro y estoico tribuno de la plebe, Robespierre, sin calcular, ó después de haberlo calculado, cómo equivalía tamaña proposición á decretar un exterminio universal de todos los prisioneros. Se decreta con facilidad el poder directo al pueblo; mas, en la ejecución de tamaña decreto, se ve seguidamente que necesita el pueblo delegar ese poder en el acto de tenerlo, por imposibilidad absoluta de guardarlo en sus manos; pues si no lo delegara, iría rodando hasta los abismos de una irremediable anarquía, cuyo efímero imperio trae siempre aparejado el más inevitable despotismo. Temperamento místico, espíritu inquisitorial, razón escolástica, pecho frío en que no latía el corazón, Robespierre significaba la sospecha, la desconfianza, la delación, la calumnia, la injusticia, porque, ufanándose de varón justo, ignoraba cuán mal se complace la crueldad con la justicia. Y, por contactos misteriosos, establecidos tantas veces entre las muchedumbres de los pueblos y el verbo de los tribunos, la sociedad había llegado hasta una increíble absorción de aquel temperamento; y, perturbadísima, como él, por la sospecha, soñaba con la venganza. Este hombre, á quien, según el relato de Lamartine, debemos creer aquejado en aquella sazón de remordimientos ¿cómo se trastornó en sus ambiciones y en sus proyectos ambiciosos al extremo de creer posible hiciera justicia en medio de la guerra y del combate, donde toda idea jurídica se pierde, una muchedumbre así, exaltada por un sentimiento de venganza, el cual sentimiento hacía de todo un pueblo monstruo inverosímil como los Césares antiguos ó como los inquisidores modernos, de bárbaro y de cruel? Pues, cuando no entraba un asomo de piedad en ánimo ninguno,

fuera natural que un espíritu elevado á las alturas del renombre mayor y del mayor influjo, se inspirara en la Humanidad y superase con su frente iluminada por los albores del progreso las supersticiones de aquel tiempo entonces corriente, de aquel tiempo terrible, perturbadísimo á los mismos esfuerzos hechos y los mismos servicios prestados en bien y en progreso de lá misera humanidad. Bastaba con ver uno de aquellos descamisados, ébrio de vino y de cólera; el ojo siniestro al odio; el grueso labio ennegrecido por los bocados al cartucho; las manos convulsas de asir su pica; el cuerpo sacudido por los estremecimientos de todas las pasiones; para sentir que no podía designársele como imagen de la razón y de la justicia.

Si Robespierre propusiera con pleno conocimiento de causa y en plena conciencia lo que proponía, debe imputar la Historia imparcial esta proposición á verdadera y nativa perversidad del proponente. Necesitábase dictadura breve, generada por circunstancias tan excepcionales y dirigida con resolución al impedimento de un crimen, cuyos estragos habían de dañar á la libertad hasta en los siglos futuros; y pedía Robespierre un período constituyente de infinitos debates y naturales irresoluciones, incertidumbres, planes, ensayos, en cuyas incidencias desarrollárase una debilidad y anemia sociales, terminadas por la más irremisible impotencia. Cuando todo pedía el poder unipersonal, de propósitos firmes, de alma fuerte, avasallador, para que impusiera el bien y evitara el crimen, aun por violencia, surgía este proyecto de Robespierre, por el cual todos los poderes públicos quedaban en suspenso, y sin autoridad ni fuerza para decidirse por cosa ninguna y á ningún mortal imponerse. Tres años pasaron las fracciones poderosas de aquel momento, echándose unas á otras con empeño, en disputas interminables, pelota de suyo tan pesada, como la responsabilidad por los degüellos de Septiembre. Y por más que se diga que nadie los perpetrara, también se dice que nadie los impusiera. Y pasma que se acercara una deshonra tan grande sobre todos sin que la conjurase ninguno. Y pasma que después de tantos troncos descabezados, tantas tripas al aire sacadas, tantos corazones exprimidos, tantos hígados deshechos, tantas vidas arrancadas, tantos crímenes perpetrados, marche la Historia sobre aquel pudridero, como sobre un circo de gladiadores ó una plaza de toros, con indiferencia para los cadáveres, olvidando los sayones que perpetraran el crimen y sin conocer y sin apreciar el nombre de los perversos que lo dispusieran. La paralización de toda fuerza, la paralización de todo poder, la paralización de todo aquel organismo espanta, paralización á cuya sombra salieron los asesinos de los antros sociales como salen de la corrupción del aire y del agua los microbios en una epidemia, y cometieron la matanza con igual inconsciencia que los microbios tienden muertos y hacen muertes en su exterminadora voracidad. Incendios que nadie apagaba; naufragios que nadie acorria; desgracias que nadie consolaba; degüellos que nadie impedía: hé ahí la primera semana del mes de Septiembre allá por mil setecientos noventa y dos. ¿Y quién



había de tomar la dirección hacia el bien cuando todos los repúblicos, entre cuyas manos el poder se hallaba distribuido, sentían faltarles bajo los pies la tierra y se creían señalados y aperecidos para el degüello? En circunstancias así manda quien desea mandar. Y un Comité de vigilancia, improvisado, como todo cuanto hacia la Comunidad revolucionaria, se arrojó el poder en aquella crisis tremenda y lo ejerció á su guisa. Había en el Comité destemplados y templados. Pues bien, hasta los individuos de tal Comité dotados de algún seso, huyeron el bulto y esquivaron la responsabilidad. Basta para confirmar tales asertos el ejemplo de Panis y el ejemplo de Santerre. Artista este último de mucha facundia; con un corazón muy sensible á quien acompañó el amor siempre; aficionado de las aventuras dramáticas en que no hubiera sangre; muy compondor de espectáculos como los dados para reunir las primeras huestes de voluntarios y como los dados para honrar las víctimas del diez de Agosto; con la fantasía riente y la voluntad humanitaria; detestaba la perfidia de Robespierre como la carnicería de Marat; y hubiera hecho, comandante de la Milicia ciudadana, lo posible y lo imposible por conjurar tales degüellos de Septiembre, á no tener que irse al campo, ida inexplicable, cuando reinaba el terror, si no viéramos cómo la proposición robespierrista pusiera en camino del retraimiento político á todos, y como un retraimiento del combate donde se libraba un bien de suyo tan grande, como impedir la matanza, necesariamente debía traer compensación de suyo tan lógica, como la victoria del mal y el reinado de todas las maldades. Panis, cuñado de Santerre, no pensaba con su propia cabeza ni sentía con su propio corazón; pensaba y sentía con la cabeza y con el corazón de Robespierre. Diariamente tomaba la consigna de lo que debía decir y hacer y pensar en la jornada de boca del tribuno: si éste le dice, como debía decirle, mandase á Santerre evitar las matanzas, y Santerre le oye, como le oía siempre, las matanzas no manchan la toga de nuestra República: mancha indeleble, pues la sangre resalta más de suyo en el alba de los tribunos que en la púrpura de los déspotas.

Lejos de oponer el amigo de Robespierre, Panis, al movimiento de matanza y exterminio el ascendiente de su alma sobre la voluntad y entereza de Robespierre, llevó el día primero de Septiembre Marat en andas al Comité de vigilancia municipal, que acababa de alzarse con la dictadura y de ponerse á fomentar el terror en vez de conjurarlo. Explican muy confusamente las relaciones y memorias del tiempo los títulos que presentó y los medios á que apeló Marat para ingerirse dentro de la Comunidad y hacerse motor inmóvil desde allí de las matanzas horrorosas é infames. Los subterráneos parecían las habitaciones propias de tal fiera, como de las hienas son habitaciones, naturales y propias también, los sepulcros. Del subterráneo franciscano, donde se había metido el diez de Agosto, la terrible noche, oliéndose la quema y preservándose á la quemadura, lo sacaron varios dementes á quienes contagiara su demencia, que lo condujeron á la Municipalidad, como pudieran un ídolo conducir, y en la Municipalidad lo dejaron como en su digno santuario.

Palpóse para ver si estaba entero; y después de haberse, como un gato aburrido, esperezado, entre bostezos y maullares, cogió la primer desarrapada turba de facinerosos que pudo haber á mano, y pucsto á la cabeza de los descamisados, fué con ellos hacia la imprenta real, imprenta del Estado, trasladándola sin escrúpulo á su revolucionario domicilio, con título de primer ocupante, como si hubiese todo retrocedido en aquel titánico trabajo por el progreso á los cruentísimos tiempos de la barbarie y de la conquista, en que vivía cada cual de las predaciones ó depredaciones continuas. El papel dictado en los espasmos de la victoria, trincando y maldiciendo, á sangre y á carne humana olía, según deseaba el ogro, que semejaba, no un sér efectivo y real, un monstruo de las antiguas leyendas feudales, á cuya vista la sangre se paraba y las gentes se morían como á un álito del infierno. Marat no era nada en la Municipalidad, ni regidor elegido regularmente, ni enviado por las secciones municipales, ni comunero de aquellos que las juntas de barrio expidieran al Municipio y que tomaran en un raptó de resolución, trascendental á todos los tiempos, el palacio de las Tullerías. Entre los estremecimientos de aquel suelo se abrían vorágines, así para tragarse las viejas instituciones históricas, como para constituir con sus humeantes bocas las madrigueras de nuevas desconocidas especies. Había todo el mundo abandonado la dirección del pueblo en aquellos días y tomáronla por arrogación propia los imitadores de la Comunidad, reunidos en monstruosa junta súbitamente surgida, que se llamaba Comité de vigilancia. Por aquella junta se entró Marat, como Pedro por su casa, y después de haber estado lustros y lustros aconsejando los degüellos como único medio de realizar la revolución en toda su plenitud, sugirió en acción al pueblo esta maldita é inolvidable carnicería. Para convencerse de que las matanzas provinieron del conjunto de circunstancias, que se determinaron al golpe de la invasión mostrando la complicidad innegable de los realistas con los irruptores, hállanse pruebas á millares en todos los libros y en todos los papeles de la época. Nadie tan obligado á saber cuanto sucedía como el matrimonio Roland, por gestor de ministerio de la Gobernación, y responsable del orden público. Y ved lo que dice la mujer en sus memorias de la ignorancia del marido respecto á lo que pasaba en las cárceles: Cuando Roland llegara por primera vez á Gobernación, observó el mayor descuido en las prisiones, y puso el pensamiento enternecido en estos encierros aparejados á los culpables, muchas veces henchidos de inocentes, y que la humanidad necesita conservar sanos y limpios, aun tratándose de los primeros. Así creó un puesto que tenía por encargo y destino ejercer vigilancia sobre la esfera de su administración, imponiéndole por deber la visita de aquellos establecimientos; copiar y transmitir la lista de los detenidos, con los mandatos, en cuya virtud están allí encerrados; las quejas que formulan, si quejas profieren, poniéndolo todo en conocimiento de la Superioridad. Dotó esta plaza con la módica suma de mil escudos anuales, penetrado de que á una persona honrada, conocedora del bien que podía en tal empleo hacer, le bastaban sus